

Tiempos de desconcierto

Josep Fontana
Historiador

20 diciembre 2013

(Traducción de Jordi Domènech)

Nos dicen que hemos salido de la crisis (bueno, algunos por lo menos ya han salido) y ahora estamos todos pendientes de cuándo nos tocará la recuperación también a nosotros: una recuperación que debería tener como elemento esencial que vuelva a haber puestos de trabajo suficientes para los 5.904.700 parados que hay en este país según los datos del tercer trimestre de este año.

Sólo que ahora resulta que, según una encuesta a ejecutivos españoles hace pocos días, la previsión es que se tardarán 20 años en recuperar los puestos de trabajo perdidos a consecuencia de la crisis. Y lo que nadie aclara es de qué van a vivir durante estos 20 años quienes se queden al margen y sus familias.

Y es que la esperanza de volver a algo parecido a la plena ocupación parece que es un engaño. En Estados Unidos —donde conviene mirar de vez en cuando porque allí empiezan las cosas que después se establecerán en nuestro país— parece que lo tienen claro: la economía hace ya unos años que se ha recuperado, pero las cifras del paro siguen sin ser satisfactorias, a pesar de los optimismos puntuales del mes pasado al llegar a un 7 % de paro. Pero hay muchas dudas sobre la validez de una cifra como ésta; tantas que, según los cálculos de John Williams en su boletín *Shadow Government Statistics*, la cifra real podría llegar hasta el 23 %. Lo que está claro es que si utilizamos el dato más significativo, que es la tasa de participación en el trabajo, podemos ver que ésta ha descendido sin interrupción desde 2003. Por otra parte, Krugman ha recordado que de esos 10.900.000 trabajadores norteamericanos oficialmente en paro, 1.300.000 perderán todas las ayudas para subsistir a finales de diciembre.

Una prueba de cuál es la situación real del mercado de trabajo, tanto en Estados Unidos como en España, nos la proporciona el hecho de que se mantengan unos salarios de miseria, que están creando la conciencia de que esta es una situación que no mejorará fácilmente. McDonald's, por ejemplo, la empresa de comida rápida cuyo máximo responsable cobra 13,8 millones al año, se resiste a las peticiones de sus trabajadores norteamericanos para pasar de un salario de 8,69 dólares a la hora, que no les asegura la sub-

sistencia y obliga a muchos a recurrir a las ayudas públicas contra la pobreza, a 15 dólares la hora. Lo más siniestro es que la web de la empresa se ha dedicado últimamente a darles consejos para contratar a entrenadores de preparación física personal o trabajadores para limpiar piscinas.

Este mes pasado, en una reunión del Fondo Monetario Internacional, Larry Summers —el asesor económico de Clinton y de Obama, que fue directamente responsable de las medidas de desregulación que precipitaron la crisis de 2008— pronunció un discurso que ha conmocionado a los economistas, porque define la situación en la que nos encontramos como un "estancamiento secular". Paul Krugman la ha acogido con un entusiasmo desconcertante, preguntándose: "¿Y si el mundo en que vivimos desde hace cinco años fuese la nueva normalidad?" Un mundo que describe como "un estadio duradero en que la depresión económica sería la norma, con episodios de plena ocupación escasos y distantes entre sí", asociados a otras tantas burbujas.

Me angustia que se acepte con tanta facilidad un análisis que presenta la posibilidad de un largo estancamiento como hecho natural, dejando de lado considerar otros factores que pudieran haber contribuido a la reducción de la demanda, como las consecuencias de un creciente proceso de desigualdad, el cual tiene unos fundamentos esencialmente políticos. Sorprende esta falta de referencias al problema, en unos momentos en que el World Economic Forum afirma, según una encuesta realizada entre 1.592 dirigentes del mundo académico, de los negocios, del gobierno y de las organizaciones *nonprofit*, que una de las mayores preocupaciones para el futuro inmediato es —y lo digo con las mismas palabras del informe— que "la diferencia entre ricos y pobres es cada vez más extrema, de manera que mientras la desigualdad de los ingresos aumenta en las grandes naciones, la educación, la salud y la movilidad social están amenazados".

Pero expresar preocupación y no realizar propuestas para resolver nada me parece cínicco. Y es que los remedios, si existen, pasan por unos caminos que exigen imponer formas de fiscalidad que transfieran recursos de los grandes beneficios empresariales al Estado para atender los servicios sociales en retroceso, y restablecer la fuerza de negociación de los asalariados para ayudarles a mejorar sus retribuciones. Y unas medidas como estas parece que son totalmente imposibles en la situación política en la que vivimos, sea con gobiernos de derecha o de izquierda, tanto da.

Quisiera mostrar un ejemplo de esta imposibilidad para controlar la economía por parte de gobiernos débiles y tolerantes como los actuales, en relación con un problema que podría ser muy importante para todos en conjunto en un futuro no muy lejano. Me refiero a los indicios de una nueva burbuja especulativa que ha llevado a Thom Hartmann a profetizar que la próxima crisis se producirá en 2016.

Estos indicios se basan en la rápida recuperación del mercado de la vivienda, en el que los precios vuelven a crecer de manera alarmante, tanto en Estados Unidos como en

Gran Bretaña. Bancos y fondos de inversión se están apresurando actualmente en comprar a bajo precio pisos no vendidos o desahuciados. En Estados Unidos, Blackstone Group, uno de los grupos inversores más potentes del mundo, ha comprado 40.000 viviendas por un valor de 7.500 millones de dólares. Compras efectuadas con dinero líquido, gracias a un crédito de 3.600 millones obtenido del Deutsche Bank. El grupo intenta comprar lo más pronto posible, antes de que suban los precios, y ya ha anunciado su propósito de hacer negocios también en España, donde los precios son todavía bastante bajos.

Esto tiene que ver con el aumento de la demanda de alquileres por parte de quienes fueron desahuciados durante la crisis, y de quienes ahora no pueden encontrar una hipoteca para comprar una casa. Una situación que ha dado lugar a un aumento de los precios de alquiler que está creando problemas muy serios a las familias de trabajadores pobres. La proporción de inquilinos que han de destinar más de un 30 % de sus ingresos a pagar el alquiler, en Estados Unidos ha pasado de un 38 % en el año 2000 a un 50 % en 2010. Lo que esto anuncia respecto del futuro del negocio de los alquileres, y de explotación de los inquilinos, es bastante preocupante.

También en Inglaterra se pronostica que los precios de la vivienda aumentarán un 35 % de aquí a 2030 y que los alquileres subirán un 39 %, un aumento que no es previsible que compartan los salarios, de manera que un articulista de *The Independent* opina que "toda una generación será incapaz de comprar o alquilar una casa".

El afán por comprar antes de que suban más los precios explica lo que ha hecho Blackstone, que ha creado un nuevo tipo de títulos garantizados por las rentas de los alquileres, empaquetados a la manera como se hizo con las hipotecas en el desastre de 2008. Blackstone emitió la primera serie de estos títulos en noviembre pasado y ya hay bastantes competidores anunciando que se apuntarán a este invento, que permite obtener dinero para seguir comprando.

El problema es que los títulos dependen como garantía de seguridad de que un 95 % de las viviendas permanezcan alquiladas de manera permanente, y hay dudas muy serias respecto a lo que pueda ocurrir si fallan, ya que pueden dejar a miles de inquilinos en el aire, aunque estén pagando puntualmente sus alquileres.

Pero quisiera llamar la atención sobre el hecho de que ahora los protagonistas no sean los bancos, sino grupos de inversión que trabajan con créditos bancarios. Porque resulta que en estos momentos en que se acaba de aprobar la regla Volcker, que limita las actividades especulativas de los bancos al prohibirles realizar apuestas con el dinero de sus clientes, ya se ha visto cómo Goldman Sachs cuenta con la posibilidad de actuar concediendo préstamos a otros fondos para que realicen las operaciones que les prohíben a ellos y a sus propios fondos de inversión.

Así pues, parece que la regla Volcker podría resultar ineficaz para frenar nuevas aventuras especulativas. Hay una solución mejor, que es restablecer la Ley Glass-Steagall de 1933, que separaba las operaciones de banca de depósito de las de inversión, para asegurar el mantenimiento de los ahorros depositados. Esta ley fue abolida en 1999, a tiempo para dar paso a las especulaciones que condujeron a la crisis de 2008, de manera que ahora si la banca tiene problemas, los ahorros los garantiza el Estado con unos rescates que luego pagaremos entre todos por medio de los impuestos. Pero Obama no se ha atrevido a tanto como restablecer la ley que promulgó Roosevelt en 1933 —probablemente no ha podido hacerlo— y ahora se contenta con este parche, con la resistencia de los bancos, aunque finalmente lo han aceptado al ver que podían seguir haciendo negocios como antes.

Quizá sea cierto que hayamos salido de la crisis; pero los pronósticos de cara a un futuro inmediato incitan a pensar que deberemos hacer algo si queremos escapar al desastre que nos preparan.

Fuente original:

"Un temps de desconcert", *La Lamentable*, 20 diciembre 2013

<http://lamentable.org/un-temps-de-desconcert/>